

SERGIO SARRIA

CUANDO NADIE

NOS VE




ESPASA

SERGIO SARRIA

CUANDO NADIE NOS VE

ESPASA  NARRATIVA

© Sergio Sarria, 2019
© Editorial Planeta, S. A., 2019
Espasa Libros, sello editorial
de Editorial Planeta, S.A.

Preimpresión: MT Color & Diseño, S. L.

Depósito legal: B. 6.827-2019
ISBN: 978-84-670-5518-4

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Espasa, en su deseo de mejorar sus publicaciones, agradecerá cualquier sugerencia que los lectores hagan al departamento editorial por correo electrónico: sugerencias@espasa.es

www.espasa.com
www.planetadelibros.com

Impreso en España/Printed in Spain
Impresión: Black Print

Editorial Planeta, S. A.
Avda. Diagonal, 662-664
08034 Barcelona

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como **papel ecológico**

ÍNDICE

VÍSPERAS: VIERNES DE DOLORES	11
CAPÍTULO 1: SÁBADO DE PASIÓN	17
CAPÍTULO 2: DOMINGO DE RAMOS	31
CAPÍTULO 3: LUNES SANTO	83
CAPÍTULO 4: MARTES SANTO	129
CAPÍTULO 5: MIÉRCOLES SANTO	165
CAPÍTULO 6: JUEVES SANTO	223
CAPÍTULO 7: VIERNES SANTO	269
CAPÍTULO 8: SÁBADO DE GLORIA	327
CAPÍTULO 9: DOMINGO DE RESURRECCIÓN	373
UN APUNTE SOBRE LA SEMANA SANTA.....	431

VÍSPERAS

VIERNES DE DOLORES

«Y si tu ojo es ocasión de pecado, sácatelo.
Es mejor para ti entrar con un solo ojo
en el reino de Dios que ser arrojado con los dos ojos a la gehena».
SAN MARCOS, 9: 46

Centro de Morón de la Frontera

Una jeringuilla rodó por la encimera hasta caer al suelo cuando *Today Your Love, Tomorrow The World* empezó a sonar por el altavoz del iMac. La voz de Joey Ramone entonando el «*One, two, three, four*» parecía fatigada, como si después de los veintinueve trepidantes minutos que duraba el disco debut de los Ramones se estuviera despidiendo, jadeante, de su público. A decir verdad, la banda transmitía casi el mismo agotamiento que Antonio Jiménez, quien, lejos de entretenerse con aquella melodía machacona, estaba más preocupado en buscar un martillo en su caja de herramientas. Con alguna que otra dificultad, como si estuviera ido o débil, logró localizarlo. El sonido de la batería se desaceleró en el mismo instante en que el joven elevó el martillo y se golpeó el dedo índice con fuerza.

A pesar de que el impacto le levantó la uña y le originó un aparatoso hematoma a la altura de la cutícula, no le resultó excesivamente doloroso. Su rostro reflejaba una calma que no se correspondía con lo que acababa de ocurrir. Inmerso en una especie de trance, volvió a aporrearse el dedo, pero esta vez con mayor violencia. Como consecuencia de la tremenda sacudida, la uña de Antonio Jiménez terminó por saltar por los aires. Contrariamente a lo aparatoso de la acción, apenas se mordió el labio. Casi se podría decir que reaccionó con in-

diferencia. Definitivamente, se comportaba como un autó-mata más que como un ser humano.

El disco de los Ramones dejó de sonar. En silencio, Antonio limpió la sangre de la mesa, tiró la jeringuilla y la uña al cubo de la basura y devolvió el martillo a la caja de herramientas, y esta a su balda en el trastero. Una vez que juzgó que todo estaba en orden, cogió un ostentoso cuchillo de la cocina y salió al patio.

Los tambores de las procesiones de Vísperas se colaron con fuerza en su jardín mientras él se arrodillaba en el suelo y respiraba profundamente. Con la mano izquierda se exploró el abdomen buscando algo. Durante un par de minutos, sus dedos palparon todo el contorno de la panza de manera minuciosa, como si se tratara de un gastroenterólogo en busca de un tumor o una hernia. Al cabo, dio con el punto exacto que estaba persiguiendo, lo que le provocó un inesperado ataque de nervios y, más tarde, temblores.

Mientras las cornetas marcaban el paso a los costaleros, el sudor le resbalaba por la frente y la taquicardia conquistaba los latidos de su corazón. Buscando serenarse, recitó para sí unas palabras que había escrito horas antes en el murete del patio. Era una especie de mantra o verso que, a fuerza de repetirlo, consiguió el efecto deseado. Más tranquilo, pudo escuchar cómo, fuera del recinto, el capataz del paso de palio golpeaba el llamador. Lo hizo una vez. Lo hizo dos veces. Y antes de oír el tercer y último golpe de martillo, Antonio Jiménez se clavó con decisión el cuchillo en el punto exacto del vientre que había marcado con su mano izquierda y, posteriormente, se rasgó el estómago.

Sin un solo grito o lamento, se desplomó sobre el parterre. Cercado por la sangre y las vísceras, pareció expirar en el momento exacto en que el capataz exclamó: «Al cielo con él», sin quedar claro si se refería a la Virgen o al alma de Antonio Jiménez.

* * *

Barrio de Santa María, Morón de la Frontera

Ajena a lo que acababa de ocurrir en aquel patio, en la zona este del pueblo, la procesión de la Vera Cruz siguió su curso por el entramado de callejuelas del barrio de Santa María.

—¡A esta es! —indicó el capataz después de golpear el llamador de plata por segunda vez.

Inmediatamente, los treinta costaleros que estaban debajo del paso de misterio supieron que había llegado el momento de meter riñones y prepararse para recibir el peso de aquella mole barroca sobre sus cogotes. Entre sudores de sufrimiento, el grupo de hombres esperó impaciente el tercer y definitivo toque de martillo; el que los haría despegar los pies del suelo y elevar al cielo la imagen de Jesús cargando con una pesada cruz a cuestas. Todos estaban en tensión, concentrados en absoluto silencio y atentos al momento cumbre de la *levantá*. Todos menos Salvador López, al que un intenso picor en la cabeza lo tenía distraído. Tal era el escozor que se vio en la necesidad de quitarse el costal con el que se protegía la zona cervical y palparse el cuero cabelludo.

—¿Qué cojones haces? Ponte en posición de una puta vez —le pidió uno de sus compañeros al ver que estaba rascándose la cabeza fuera de las trabajaderas.

Sin prestarle atención, Salvador continuó inspeccionándose el cráneo de manera apurada hasta que halló una garrapata incrustada en la piel. No sin esfuerzo, logró despegarla y la arrojó al suelo, angustiado. Tan pronto como se desprendió de ella, un nuevo cosquilleo llamó su atención. En esta ocasión, la quemazón provenía de su oreja izquierda. Con prudencia, acercó la mano hasta el lóbulo y se topó con una araña que empezaba a descender por el cartílago. Asqueado, la apartó de un manotazo sin entender qué estaba pasando.

—¿Tú eres subnormal o qué te pasa? O te pones el costal ya o te vas a tomar por culo —lo volvieron a increpar, sin que esta vez pudiera ver de quién se trababa.

Confuso, Salvador se colocó el saco de arpillera sobre la cabeza intentando convencerse de que todo aquello era fruto de una casualidad.

—¡Vamos, valientes, *tos* por igual! —gritó el capataz tras golpear el llamador por tercera vez, y la cuadrilla de hombres saltó arrebatada al unísono.

Cristo se bamboleaba todavía en las alturas cuando Salvador López sintió que se le inflamaba la garganta. Por momentos no podía respirar. Parecía que algo le oprimía la laringe y el aire no circulaba con normalidad. Prácticamente asfixiado, carraspeó para desbloquear la tráquea. Sin embargo, lo único que consiguió fue desplazar el misterioso tapón a la altura de la epiglotis. La sensación, además de incómoda, era profundamente desagradable, por lo que a los pocos segundos tosió de manera descontrolada. Para su sorpresa, con cada nuevo espasmo, un extraño cuerpo emergía de su boca. Agobiado, abrió lentamente los labios y pronto descubrió que estaba expulsando un saltamontes de tamaño más que considerable. A punto estuvo de vomitar. Si no lo hizo, fue porque de sus orificios nasales irrumpieron al mismo tiempo dos cucarachas que inspeccionaron con deseo sus mejillas.

Salvador empezó a temblar. Su cuerpo se había convertido inesperadamente en un nido de insectos. Por desgracia, tenía sobre el cuello un paso de Semana Santa y no podía hacer nada para deshacerse de ellos. Incapaz de mantener por más tiempo la calma, Salvador sufrió un colapso.

—¡Ayudadme! ¡Los tengo por todo el cuerpo! ¡Ayudadme! —chilló el joven, desesperado.

Lejos de recibir auxilio, se ganó una nueva amonestación.

—¡Cállate ya, gilipollas! —escuchó que le decía alguien mientras las cucarachas seguían circulando descontroladas por su rostro.

Tan disgustado como asustado, el muchacho no entendía que nadie lo socorriera. Harto de la situación, se arrojó al suelo para escapar de allí, ante la atónita mirada de sus compañeros. Culebreando, logró huir por debajo del faldón del paso de la Vera Cruz.

Sin embargo, las cosas no mejoraron fuera de la plataforma barroca. En cuanto se levantó del suelo, unas delgadas antenas de lo que se intuía era una langosta de tierra, asomaron a través de su córnea izquierda. El invertebrado trepaba resueltamente por el interior de su cuenca ocular y pronto pudo sacar la cabeza. Sus voluminosos ojos hemisféricos contemplaron la situación hasta decidir que no había peligro alguno. De esa manera, también sus dos patas delanteras brotaron de la nada.

El joven costalero gritó histérico.

—¡Ayudadme, me va a dejar ciego! ¡Ayudadme!

Como si el insecto fuera capaz de percibir aquella incomodidad, prefirió no salir del todo, y se quedó con medio cuerpo dentro de la córnea y el otro medio fuera.

—¿Por qué nadie me ayuda? ¡Hay bichos por *tos laos*!
—insistió, temblando.

A decir verdad, ninguno de los presentes sabía cómo reaccionar ante sus súplicas. Habían ido hasta allí para ver una procesión, y en lugar de eso, se encontraban con un perturbado quejándose de una plaga de insectos que solo él veía. Así que, ante la duda, la muchedumbre hizo lo único que podía hacer: abuchearlo para que dejara de hacer el ridículo ante la imagen de Cristo.

Aturdido por la falta de solidaridad de sus vecinos, Salvador perdió la paciencia. El animal se movía nervioso en su interior y la sensación era tan repugnante como dolorosa. Necesitaba expulsar a la langosta inmediatamente, aunque pusiera en riesgo su integridad física. Sin que nadie tuviera el cuajo suficiente para impedirlo, el chico se acercó hasta un nazareno próximo a él y, después de forcejear, le arrebató bruscamente el cirio. Cuando el penitente se quiso dar cuenta, Salvador se había aproximado la llama de la vela al ojo con el propósito de espantar al insecto. Lamentablemente, lo único que consiguió fue que se replegara dentro de la córnea.

Al contemplar la grotesca escena, tanto los nazarenos más cercanos como algunos parroquianos trataron de evitar una tragedia. Pero su respuesta fue tardía. Decidido a acabar con

aquello de una vez por todas, el costalero aproximó todo lo que pudo la lumbre. Y, como era de esperar, tan solo logró derretirse la córnea. Antes de que pudiera ver si había conseguido expulsar a la langosta, cayó fulminado de puro dolor sobre los adoquines del barrio de Santa María.

Las cornetas y tambores enmudecieron. Los murmullos de los vecinos cesaron. El paso de la Vera Cruz se detuvo. Donde se debería haber escuchado una saeta, se oyó la inquietante alarma de una ambulancia, después de que uno de los presentes alertara al servicio de emergencias. En cuanto el vehículo pudo hacerse un hueco para socorrerlo, el capataz del paso de misterio se acercó hasta el hermano mayor de la cofradía y le susurró algo al oído:

—Ha vuelto a suceder... —dijo, señalando el cuerpo abatido del chico, con el mismo pudor como si el que estuviera desfallecido en el suelo fuera él mismo.

Y así era. Había vuelto a ocurrir.

Tan solo tres horas antes, en el barrio del Pantano, otro joven costalero, Francisco, había sufrido un colapso. En su caso, un terrible golpe de calor provocó que escapara de un paso de palio para desnudarse. Posteriormente, perdió el conocimiento y se abrió la cabeza contra el suelo ante el estupor de los vecinos.

Eran dos embarazosos sucesos de los que nadie se atrevía a hablar en la Sierra Sur de Sevilla. Había tanto miedo a que algo parecido volviera a suceder como a que por aquella circunstancia se cancelaran las procesiones de Semana Santa, cuando apenas se había dado el pistoletazo de salida.

CAPÍTULO 1

SÁBADO DE PASIÓN

«¿Por qué dormís? Levantaos y orad para que no entréis en la tentación».

SAN LUCAS, 22: 46

La mañana del sábado no prometía ser mejor. Al menos eso pensó Lucía Gutiérrez cuando la lluvia le encrespó el pelo hasta darle un aspecto ridículo.

Para colmo, no había pegado ojo en toda la noche, tenía dolor de cabeza y acababa de discutir con su hija. Del uno al diez, el sábado se agitaba emocionalmente en su cerebro con una energía de 9,5 grados en la escala de Richter. Se podría decir que aquella mañana, antes de que el viento le rompiera un par de varillas del paraguas y la lluvia hiciera diabluras con su cabellera, ya había salido de casa con un humor de perros.

Pero, para ser honestos, eso era algo bastante habitual en ella, lloviera o hiciera sol. Después de pisar una baldosa hueca que la salpicó de barro hasta la rodilla, Lucía se dio cuenta de que necesitaba volver a la cama, cubrirse con el edredón hasta la cabeza y odiar desde la trinchera de su colchón al resto de la humanidad. O tal vez su cuerpo le pedía un cóctel a base de paracetamol e ibuprofeno. O simplemente un abrazo. Lo que tenía claro que no necesitaba era echar horas extras en pleno fin de semana.

—Antes de que digas nada, ya sé que tengo el pelo como si lo hubiera metido en una centrifugadora. Odio la lluvia. Me mudé al sur para huir de esta puta humedad —dijo Lucía, malhumorada, sacudiendo el paraguas quebrado al entrar en la sala de reuniones.

La habitación presentaba un aspecto añejo y descuidado, como si la hubieran decorado con mobiliario cedido por un

centro de drogodependientes. Tanto las sillas como la mesa principal eran anticuadas y tenían ostensibles desperfectos. El desfase de la estancia estaba coronado por un retrato anacrónico del rey Juan Carlos I con apenas cuarenta años y abundante pelo. Cada vez que Lucía traspasaba aquella puerta, tenía la sensación de viajar atrás en el tiempo.

—Es llegar Semana Santa y abrirse el cielo, mi sargento. Desde anoche no para de llover... Todos los años por estas fechas ocurre lo mismo —señaló Víctor Martín, distraído e hipnotizado por las gotas de lluvia que chocaban frenéticamente contra la ventana.

Aunque hablara del tiempo con la misma pasión que un agricultor, en realidad Víctor era cabo primero de la Guardia Civil y mano derecha de Lucía en aquel puesto de mando.

—Bueno... Mientras llueva, no tendremos que ocuparnos de las procesiones y de cortar el tráfico... —dijo la sargento después de colgar la gabardina en el perchero.

—Que la alcaldesa no la escuche alegrarse de eso. Ya tiene usted bastantes enemigos en el pueblo —respondió Víctor mientras continuaba con la vista fija en la ventana, atesorando en su retina aquella imagen tan inusual de un lluvioso día en Morón.

Aprovechando que él seguía ensimismado con la borrasca, Lucía se hizo una coleta y domó su rebelde melena. Cuando concluyó, se sentó en la mesa y tomó una carpeta azul.

—¿Es el informe toxicológico?

—Sí, mi sargento. Los dos jóvenes costaleros habían consumido drogas antes de perder la cabeza —se reincorporó finalmente el cabo, dejando visible que le faltaba parte del dedo anular de la mano derecha, una leve tara física que no le había impedido superar las pruebas de acceso a la Guardia Civil—. En el caso de Francisco Otero, éxtasis. El abuso de MDMA acompañado del sobreesfuerzo físico derivado de cargar con un paso le provocaron el tremendo golpe de calor y el desmayo, que a su vez le originó una fuerte contusión en el sincipucio... Ya sabe, algo más arriba de la frente —le aclaró

Víctor a la suboficial, al verla algo descolocada con el tecnicismo.

—Gracias por la explicación, cabo. No hay que dejar pasar ni una sola oportunidad de ser paternalista con una mujer, ¿verdad? —soltó Lucía con ironía al tiempo que buscaba un Gelocatil en su bolso.

—Lo siento, mi sargento, me pareció que...

—¿Tienes algo para la cabeza? —preguntó después de no encontrar nada que la ayudara a mitigar la migraña.

—No, no me gusta tomar medicamentos. Siempre he pensado que si abuso ahora de ellos, cuando los necesite de verdad con setenta años no me van a hacer efecto. Me apaño con baños de vapor, ejercicio, meditación y cosas así...

—Machista y homeópata, doy gracias a la vida por haberte puesto en mi camino —vapuleó de nuevo Lucía al cabo. Al darse cuenta de que se estaba extralimitando, optó por pisar el freno—. Perdona... Me está matando el dolor de cabeza y lo estoy pagando contigo. Me cuesta un poco leer —se justificó, dejando sobre la mesa el informe—. ¿Qué le ocurrió al otro costalero?

—Salvador López —respondió Víctor mientras intentaba recomponerse de las continuas burlas de la sargento—. Según he podido ver, se excedió con el consumo de ketamina, que en dosis altas, como parece que fue su caso, puede ocasionar delirios y alucinaciones, así como la pérdida de la consciencia. Es difícil saber qué pasaba por la mente del chico cuando decidió derretirse la córnea con la llama de un cirio, pero seguro que, tras perder la visión del ojo izquierdo, la próxima vez que quiera consumir ketamina se lo pensará dos veces.

—¿Y para esto me hacen madrugar un sábado? ¡Si no es más que una gamberrada! Una mera coincidencia de decisiones desafortunadas. Chavales de pueblo aburridos que en algún momento del fin de semana confundieron la Pasión con la *rave* de Cristo.

—No es lo que piensan la alcaldesa y el presidente de la Asociación de Cofradías, mi sargento. ¿Los hago pasar ya?

—¡Espera! Déjame antes ir al baño a echarme agua fría en la cara. Necesito despejarme.

* * *

El ensordecedor ruido del motor del F-18 obligó al capitán Douglas J. Hoopen a apartar el paraguas un instante y mirar al cielo. De un simple vistazo, reconoció que el avión pertenecía al escuadrón 496 ABS del Ejército del Aire de los Estados Unidos.

El cazabombardero estaba a punto de aterrizar en la base de Morón de la Frontera después de efectuar un ejercicio práctico de rutina. El tránsito de este tipo de cazas era habitual en el municipio desde que el ejército americano se estableciera allí en 1963.

Aunque en apariencia fuera un pueblo típicamente andaluz de casas encaladas, olivos y ritmo pausado, Morón contaba con una de las bases aéreas más grandes de Europa.

La pista de despegue soportaba alrededor de seis mil vuelos militares al año, y su uso había sido clave durante la invasión de Irak de 2003. Tanto que hasta siete mil militares pasaron por esta pista en aquel entonces. En cualquier otra ocasión, Hoopen se hubiera quedado allí contemplando la belleza del F-18 aterrizando y rompiendo con su vientre de ballena la cortina de lluvia. Sin embargo, aquella mañana tenía un asunto importante que resolver, por lo que tuvo que renunciar a uno de sus mayores placeres.

Antes de que el avión tomara tierra, el oficial americano ya había cerrado el paraguas y llegado a su destino, el pabellón Eisenhower.

—No me pases llamadas en toda la mañana —le dijo en inglés, más serio de lo habitual, a su secretaria.

Y, sin darle la oportunidad de réplica, traspasó el umbral de su despacho.

Con cara de preocupación, dejó caer en el suelo su maletín de trabajo y abrió las persianas. La luz mostró una estancia plagada de diplomas y maquetas de aviones del ejército ame-

ricano; bombarderos B-52, drones y réplicas de cazas de la Segunda Guerra Mundial. Podría haberse tratado de la habitación de un quinceañero empollón con acné, pero en realidad pertenecía al capitán de la base, el hombre con más poder de aquella descomunal instalación militar.

Con cuidado, colgó la chaqueta azul en el perchero y se dejó caer en un sillón de cuero rojo. Acto seguido, tomó el teléfono y marcó un número de memoria.

—Montes, quiero cerrar mi cuenta inmediatamente y que me devuelva el dinero en un maletín —advirtió rotundo el oficial americano en cuanto escuchó que descolgaban al otro lado del aparato.

—¡Buenos días, capitán! Me temo que hasta el lunes no podrá ser —contestó Silvano Montes mientras hacía gestos de silencio a sus dos hijos, que en ese mismo momento discutían con la madre para bajar a la playa pese a estar lloviendo.

—Y yo me temo que, si no lo hace ahora, tal vez no sea el único militar de la base que cierre su cuenta en Unicaja.

—Capitán, le pido un poco de comprensión. Estoy con mi familia en la playa. Hemos venido a pasar el fin de semana al apartamento que tenemos en Matalascañas. Además, de sobra sabe cuál es el horario de oficina en España. Los bancos cierran los sábados y domingos —se defendió el empleado de banca, escabulléndose hasta el rincón más íntimo del apartamento, donde no lo escucharan ni los niños ni su mujer.

—Montes, no suelo pedir las cosas dos veces. Ya ha oído lo que quiero. Me trae sin cuidado lo que esté haciendo. Si sabe lo que le conviene, atenderá mi petición.

—Perdone, ¿puedo preguntarle a qué se debe tanta prisa? ¿Por qué no puede esperar al lunes?

—No recuerdo que me hiciera tantas preguntas cuando decidí domiciliar mi nómina en su banco. Tiene hasta las doce de la noche. Superado ese plazo, aténgase a las consecuencias.

—Pero... no puedo hacer esa operación desde la playa. ¡Tendría que volver a Morón!

—Pues entonces ya sabe lo que tiene que hacer. A medianoche recibirá una llamada mía para concretar lugar y hora donde recoger el maletín. Que tenga un buen día —dijo Hoo-pen, y colgó el teléfono.

Algo más relajado que cuando había entrado en el despacho, el capitán se levantó del sillón y se acercó hasta la ventana. Desde allí pudo contemplar cómo despegaba un gigantesco C-5 Galaxy con destino a la base alemana de Ramstein.

El morro plateado atravesaba el fuerte chaparrón como un cuchillo caliente la mantequilla. La maniobra era de una estética soberbia, tanto que el oficial no pudo contenerse. «*Nice, really nice*», dijo entusiasmado cuando el avión terminó de elevarse, como si la incómoda conversación con Montes jamás hubiera tenido lugar.

* * *

Lucía entró en el baño y abrió el grifo del lavabo. Al igual que la sala de reuniones, el aseo era bastante sobrio, dejando a las claras que en aquel edificio primaba la funcionalidad sobre el diseño. Antes de extender las manos para recoger el agua, se miró en el espejo. Su rostro reflejaba a una mujer de mediana edad cansada, sin tiempo para comprarse cremas antiedad, untarse mascarillas hidratantes por la cara, apuntarse al gimnasio o teñirse las canas.

La rutina del día a día lo engullía todo y no le dejaba tiempo ni para comprarse yogures con bífidos, té verde o cualquiera de aquellos inventos antioxidantes con los que los demás intentaban engañar a la muerte o detener el tiempo.

Cuarenta y dos años apuntaba su DNI; al menos cinco más insinuaban las bolsas que se desparramaban con pesadez sobre el contorno de sus ojos.

No era una mujer fea. De hecho, se intuía que tiempo atrás poseyó bastante atractivo y que todavía hoy lo mantenía de alguna manera. No obstante, el inevitable paso de los años le había generado algunos complejos e inseguridades. Su cara ya no era su cara. O sí lo era, pero menos. Tal vez se trataba

de un problema de reconocimiento. La persona que se reflejaba en el espejo se parecía a ella, pero no del todo. Algo así como cuando organizaba en el cuartel una rueda de reconocimiento con sospechosos. Todos guardaban algún parentesco con el retrato robot que había facilitado la víctima, pero ninguno terminaba de encajar. Se podía decir que, desde que abandonó la treintena, su silueta reflejada en el cristal con cuarenta, cuarenta y uno y cuarenta y dos años era como esas ruedas de reconocimiento: le recordaban a ella, pero ninguna encajaba en la imagen mental que tenía de sí misma.

Había una versión de ella con el gesto fatigado, otra con la piel flácida a la altura de los pómulos y otra con bolsas en los ojos. A veces se manifestaban de manera aislada y otras, como aquella mañana, todas a la vez. Dependía del espejo, de la luz y, sobre todo, de su humor. Sin embargo, aunque ella no fuera de la misma opinión, nada de eso le restaba *sex appeal*. Ni siquiera el uniforme, el pelo recogido con una tirante coleta o su mirada severa y desafiante.

Podría decirse que sus ojos no observaban, sino que escrutaban. Todo en ella apuntaba a una parentela más próxima a la de un ave rapaz que a la de un ser humano con ascendencia mediterránea. Como el halcón al que acaban de desprender de su capucha en unas jornadas de cetrería, Lucía inspeccionó irritada su rostro, una forma de mirar que había adquirido a lo largo de los últimos años al frente del puesto de mando de Morón y de treinta hombres deseosos de desautorizarla en cualquier circunstancia por el mero hecho de ser mujer.

Harta de ver su rostro más ajado de lo que le gustaría, acercó finalmente las manos hasta el grifo y se frotó la cara con agua fría, una y otra vez.

Puede que en un principio solo deseara despejarse y aliviar la migraña, pero, tras cinco minutos frente al espejo, quería otra cosa: volver a parecer joven y saludable, y que el desagüe se llevara consigo todos aquellos complejos.

Al cabo de unos segundos de masajes, consideró inútil hacerse un *lifting* facial con el agua de los aseos del cuartel de la

Guardia Civil. Aquello no iba a mejorar ni aunque la cañería estuviera conectada con el santuario de la Virgen de Lourdes. Desencantada, cerró el grifo, se secó las manos y la cara, y volvió a la sala de reuniones.

En cuanto abrió la puerta, observó a la alcaldesa y al presidente de la Agrupación de Cofradías, sentados en torno a la mesa. Víctor Martín seguía hablando con entusiasmo de la lluvia. Al contemplar la estampa, sonrió. Por mucho que cambiaran los tiempos, en pleno siglo xxi, el poder político, el religioso y las fuerzas del orden permanecían unidos en alegre francachela.

—¿Y bien? —La regidora interrumpió la perorata del cabo sobre climatología en cuanto vio a Lucía entrar en la sala.

—No le daría importancia a lo ocurrido, señora Torres. Como ya les habrá adelantado el cabo Martín, solo se trata de dos chicos que no calcularon bien las consecuencias del consumo de drogas —respondió Lucía, procurando tranquilizar los ánimos de los asistentes.

—¿Y eso no le parece grave? —replicó la alcaldesa de Morón.

—El cabo nos ha contado que los chicos sufrieron una sobredosis de ketamina y MDMA —añadió Hipólito Núñez, el presidente de la Agrupación de Cofradías—. Hasta esta mañana no sabía ni lo que era eso. Puede que en Madrid sea normal, pero, en Morón, lo más peligroso que le he visto hacer a un costalero es mezclar anís con el agua del botijo.

—Sinceramente, dudo de que algo así vuelva a ocurrir en una procesión. Considerémoslo un accidente —insistió Lucía, defendiendo su postura—. Si alguien en el pueblo tenía pensado hacer lo mismo estos días, habrá tomado nota de lo ocurrido.

—¿Puede asegurarnos al cien por cien que no volverá a ocurrir? —preguntó de nuevo, molesta, Ana Torres.

—Al cien por cien no podría asegurarle ni que mañana salga el sol.

—Eso pensaba... ¿Sabe? Resulta increíble que todavía no sepa lo importante que es la Semana Santa para nuestro mu-

nicipio y todo el dinero que se genera en torno a ella. Hemos tenido la suerte de que lo ocurrido no haya llegado a oídos de la prensa, pero no nos podemos exponer a que vuelva a suceder algo así. Le pido en nombre de todos los moronenses que se tome en serio su trabajo. No me interesan sus opiniones personales. Quiero un informe como Dios manda sobre la mesa, y entre rejas a quien esté vendiendo esa mierda a los costaleros. ¿Me he explicado con suficiente claridad, o necesita que vuelva a hablar con la Comandancia de Sevilla para quejarme de su falta de rigor profesional?

—No será necesario. Lo he entendido perfectamente.

—Me alegro. No hace falta que le recuerde el escaso afecto que le tienen los habitantes de este pueblo y lo poco que me costaría que la relevaran de su puesto.

—Por otro lado —intervino más calmado Hipólito Muñoz—, yo no descartaría que alguien esté tratando de que cunda el pánico en Semana Santa, como ya ocurrió en Sevilla en el año 2000. No sé si lo recuerda...

—En aquel entonces la sargento aún estaba destinada en Madrid —comentó Víctor Martín, intentando echarle un capote a su jefa, que estaba mordiéndose la lengua por encima de sus posibilidades—. El señor Núñez se refiere a lo que se denominó «la *madrugá* del pánico». Durante las procesiones de la madrugada del Jueves Santo, un grupo de personas echó a correr desesperado, sin rumbo fijo y sin ningún tipo de explicación. La estampida provocó el caos en seis puntos distintos del centro de la ciudad. La noche acabó con cincuenta y tres heridos, los enseres de las cofradías de la Esperanza de Triana, la Macarena o el Gran Poder, arrumbados en la calle, y la sensación de que la tragedia podría haber sido mayor. Aún se desconoce lo que ocurrió realmente, pero se sospecha que detrás de todo aquello pudo haber un grupo de jóvenes organizados que querían reventar una tradición popular con la que se sentían incómodos.

—Gracias de nuevo por su condescendencia, cabo. Es bueno saber que siempre hay un hombre al rescate —sentenció Lucía, pagando de nuevo su descontento con Víctor.

—La cuestión es que tanto en los hechos de 2000 como en los actuales parece existir un denominador común: chicos de menos de treinta años que han decidido dar una vuelta de tuerca a nuestras costumbres —argumentó el presidente de la Agrupación de Cofradías.

—Como bien ha dicho la alcaldesa, no es momento de dejarnos llevar por valoraciones personales —dijo Lucía, recogiendo las palabras de Ana Torres sin que nadie tuviera claro si le estaba dando la razón o simplemente lanzándole una puya—. Mientras el cabo se ocupa de realizar un informe sobre los hechos ocurridos el pasado viernes, el resto del equipo se encargará de reforzar desde mañana mismo la seguridad de todas y cada una de las procesiones. Prometo encargarme personalmente de averiguar si realmente hay o no algún tipo de fundamento en la hipótesis del señor Núñez.

—¿Puedo saber qué es lo que piensa hacer exactamente? —preguntó la jefa del Consistorio.

—No. El reglamento solo me permite revelar el contenido de las operaciones de la Guardia Civil al poder judicial —aclaró Lucía, desafiando a su interlocutora.

—Entiendo... —respondió la alcaldesa después de levantarse para abandonar la estancia. Antes de cruzar la puerta, se dirigió amenazante una última vez a Lucía—: Tenga cuidado, no le voy a pasar ni una más. ¿Me acompaña, señor Núñez?

Tras la fría salida de las que podrían calificarse como máximas autoridades de Morón de la Frontera, el cabo Víctor Martín se quedó un instante pensativo hasta que reunió el valor suficiente para encararse con su superiora.

—¿De verdad me va a poner a hacer un informe, mi sargento?

—Tienes razón. Es poca cosa para un hombre de tu valía. ¿Qué te parece si además te acercas a la farmacia y me traes dos toneladas de paracetamol antes de que me estalle la cabeza? ¿Te sigue pareciendo poco o te busco más tareas?

—A sus órdenes, mi sargento —replicó Víctor, cabizbajo, al tiempo que abandonaba la sala de reuniones.

Contrariada e incómoda por la migraña, Lucía entró de nuevo en el baño, esta vez con la intención de humedecer una toalla con agua fría. Cuando consideró que estaba lo suficientemente empapada, regresó a su despacho para colocársela en la cabeza y evadirse del mundo, al menos durante media hora.

Desgraciadamente, la paciencia no era una de sus mejores virtudes, y en apenas cinco minutos arrojó la toalla al suelo. Levemente mareada, se dirigió al vestíbulo del cuartel en busca de un agente al que usar de *punching ball*. Después de cruzar un área diáfana tan solo decorada con carteles informativos sobre la violencia de género pegados en la pared, encontró a su víctima propiciatoria. Apoyada en el mostrador de madera de recepción, una agente de unos veinte años atendía una llamada.

—María, deja lo que sea que estés haciendo y busca en internet todo lo que haya sobre «la *madrugá* del pánico».

—En seguida me pongo a ello, mi sargento. En cuanto termine de hablar por teléfono —respondió la joven.

—Ahora —sentenció Lucía, mientras le colgaba ella misma el teléfono.

* * *

Los niños acababan de meter en sus mochilas el cubo y las palas para jugar en la playa cuando Silvano Montes tuvo que darles la mala noticia.

—Tenemos que volver a Morón...

—No seas *apretao*, Silvano, ¡mira el sol que hace ahora! Aún podemos aprovechar la playa esta tarde y mañana —protestó Noelia, su mujer, sin hacerle mucho caso, mientras empezaba a colocarse una gorra y a restregarse la protección solar por la cara.

Silvano se acercó a la ventana y miró al cielo. Efectivamente, la lluvia había parado y el sol buscaba su hueco en las alturas. Unos primeros buenos síntomas, más que suficientes para que los turistas se olvidaran del paraguas y se lanzaran

a la playa. Definitivamente, la mañana había mejorado y eso le ponía las cosas más difíciles a Silvano.

—Lo siento, ha surgido un problema de trabajo y tengo que ir a la oficina cuanto antes.

—¿Desde cuándo trabajas los sábados? —preguntó su mujer, extrañada.

—Es algo excepcional. Os prometo que volveremos para el puente de Semana Santa.

—Pero yo quiero ir ahora a la playa —contestó llorando Francisco, el más pequeño de sus hijos.

—Lo sé, campeón, pero papá tiene cosas que hacer. Si no lloras más, os dejo jugar a la Nintendo Switch esta tarde, ¿qué me dices?

—¿Al Mario Kart?

—A lo que queráis.

—Vale —dijo el pequeño, secándose las lágrimas y dejando caer la mochila con los juguetes de la playa.

El camino de regreso en el coche fue más tenso de lo esperado. Su mujer seguía sin comprender a qué venían tantas prisas y, después de varias discusiones, Silvano prefirió quedarse en silencio escuchando la radio antes que continuar elevando la voz y que sus hijos terminaran llorando.

Con el ambiente aún enrarecido, llegaron a Morón y, después de despedirse fríamente de Noelia y dejar el coche en el garaje, Silvano se dirigió a la oficina de Unicaja donde trabajaba. No tardó más de media hora en cerrar la cuenta bancaria de Douglas J. Hoopen y colocar todo el dinero, unos ciento ochenta mil euros, en un maletín negro. De hecho, casi le llevó más tiempo apagar las luces y cerrar las puertas de la sucursal que completar aquella simple tarea administrativa.

Una vez fuera, se vio sorprendido por un fuerte chaparrón. Aquel tiempo inestable era propio de primavera; no obstante, entre que ya había anochecido y que los ciudadanos de Morón no eran muy amigos de la lluvia, las calles del pueblo estaban desiertas.

«Lo que me faltaba», se dijo Silvano cuando a los pocos segundos el agua le había calado la ropa. Con inocencia, se

colocó el maletín encima de la cabeza para protegerse de la lluvia, y comenzó a andar algo más rápido de vuelta a casa. Si se daba prisa, los niños todavía estarían despiertos y podría jugar con ellos a la consola, pensó.

No había avanzado más que un par de pasos cuando algo llamó su atención. Los primeros acordes de *Paint it Black* de los Rolling Stones tronaban en los alrededores de la calle Cánovas del Castillo tan sombríamente como el lamento de una serpiente que se arrastra por el suelo malherida.

Aquella canción le resultaba familiar, pero no lograba recordar el título. Cuando se volvió para comprobar de dónde procedía la melodía, tan solo pudo ver un coche estacionado con los faros encendidos y el limpiaparabrisas funcionando a toda velocidad. A decir verdad, la imagen era siniestra. Había aparecido de la nada con el mismo sigilo que un fantasma. La lluvia arreciaba con tanta fuerza que no consiguió distinguir quién estaba al volante, lo que le otorgaba a toda la escena un aire sobrenatural. Inquieto, quiso acercarse para ponerle rostro a su espectro, pero, en ese mismo momento, la música dejó de sonar. Sin las guitarras y la batería de los Stones bramando en la oscuridad, la tensión disminuyó, así que, restándole importancia a lo sucedido, siguió su camino cubriéndose del aguacero con el maletín. A los pocos minutos, los mismos acordes ruidosos volvieron a retumbar detrás de él. La voz de Mick Jagger lo acosaba a poca distancia, en lo que definitivamente se entendía como una suerte de persecución. Como ya hiciera la primera vez, se dio la vuelta intranquilo para ver de qué se trataba. A su espalda se encontraba el mismo coche de aspecto fantasmagórico.

Estaba estacionado junto a él con las luces encendidas y los limpios moviéndose de derecha a izquierda, sin permitirle distinguir a su ocupante. La inquietud de Silvano Montes se tornó en una especie de ataque de pánico.

Incapaz de verle el rostro, el empleado de banca aligeró el paso y agarró con fuerza el maletín, que dejó de utilizar como parapeto de la lluvia. Aunque no era dado a dramatizar, aquello no le daba buena espina. Los baldosines mojados le hacían

resbalar constantemente, pero no aminoró la marcha hasta que dejó de escuchar los acordes de *Paint it Black*.

Paradójicamente, el silencio de la noche era lo único que le procuraba tranquilidad. Cuanta más calma hubiera en la calle, más lejos estaría aquel misterioso coche de él. Confuso, echó una mirada atrás y respiró tranquilo. Parecía que la tierra se hubiera tragado al vehículo y a los Stones.

Pensando que se había dejado llevar por la paranoia, Silvano Montes se relajó y aflojó el ritmo de sus pasos. Desafortunadamente, antes de que llegara a la esquina de la calle Osuna, la inquietante melodía restalló por sorpresa a su espalda. Como un cuervo, el extraño vehículo esperaba pacientemente su turno en la oscuridad. Harto de la situación, el empleado de banca se acercó hasta el lúgubre automóvil y golpeó la ventanilla.

—¿Quién coño es usted? ¿Qué cojones está haciendo? —preguntó, armándose de valor.

Pero nadie contestó. En lugar de eso, la puerta del piloto se abrió violentamente, llevándose por delante a Silvano, que perdió el equilibrio y cayó al suelo. Del vehículo salió un hombre alto y atlético, pero antes de que pudiera verle el rostro o averiguar qué estaba pasando, recibió una fuerte patada en la cabeza.

—¡En este pueblo de mierda, me puedes considerar Dios! Si no quieres despertar mi ira, será mejor que no grites —le advirtió el desconocido.

Pero Silvano ya no pudo escucharlo; el golpe lo había dejado inconsciente.

Desvanecido, fue incapaz de darse cuenta de que aquel desconocido abría el maletero y lo introducía en el estrecho cubículo.

—Dulces sueños —dijo el extraño en inglés, después de cerrar el portón.